

**CIENCIA, REFORMA SOCIAL Y CONSTRUCCIÓN DE  
IDENTIDADES SEXUALES: LA «NATURALEZA FEMENINA»  
EN LOS TEXTOS MÉDICOS DEL SIGLO XVIII**

**Mónica BOLUFER PERUGA  
(Universitat de València)**

**RESUMEN:** *En el siglo XVIII la redefinición ilustrada de las identidades femenina y masculina encuentra apoyo en la ciencia médica, que así se convierte en otro instrumento de control social que modela una determinada «naturaleza femenina» a conveniencia de la emergente clase burguesa. El artículo desarrolla esta tesis a partir de la obra de los «médecins-philosophes» franceses (Roussel, Virey, Cabanis...), así como el impacto de estas ideas en la cultura española contemporánea. Palabras clave: Medicina, higiene, feminismo, siglo XVIII.*

**ABSTRACT:** *Eighteenth century enlightened redefinition of masculine and feminine identities is supported by Medicine. Medical texts became another instrument of social control which modelled a specific feminine nature according to the interests of the emerging bourgeoisie. This article illustrates this idea with the works of French «médecins-philosophes» (Roussel, Virey, Cabanis...) and analyse their influence on modern Spanish culture. Keywords: Medicine, hygiene, feminism, eighteenth century.*

"Laissons l'anatomiste, aveugle en sa science,  
D'une fibre avec art calculer la puissance,  
Et du plus ou du moins inferer sans appel  
Que sa femme lui doit un respect éternel".

"Rara vez escriben las mugeres, y ya es asunto de moda entre los modernos eruditos escribir sobre la crianza física de los niños, sacando siempre la grave falta de las mugeres que no dan de mamar a sus hijos; pero ninguno he visto que toque la inhumanidad de los hombres que habiendo vivido una vida desenfadadamente viciosa pasan sin escrúpulo a contraer matrimonio con una sencilla paloma, cuyo semblante á muy pocas semanas manifiesta la impiedad del que la ha contaminado y de resultas á todos sus descendientes... Ciertamente perjudica mas esto á la sociedad que el que algunas mugeres (que siempre son en corto número)

por alguna sobrada delicadeza dexas de criar á sus hijos"<sup>1</sup>.

En las postrimerías del siglo XVIII, casi al unísono, dos escritoras de diferente origen, posición social y renombre literario expresaban de este modo, con agudeza e ironía, su disconformidad con el modo en que el discurso médico emergente actuaba como instancia de control social contribuyendo a modelar una determinada "naturaleza femenina", sancionando viejas creencias sobre las capacidades de las mujeres o prendiendo en el almacén respetable de la Ciencia las propuestas de reforma de comportamientos sociales. Si en los versos de su *Épître aux femmes* Constance de Theis satirizaba la forma en que la anatomía y la fisiología daban pábulo a las ideas sobre la debilidad intelectual de las mujeres y su necesaria sumisión a los hombres, Inés Joyes dirigía su atención crítica hacia la asimetría sexual de la literatura higiénica que revestía de sanción científica las normas emergentes de moralidad y respetabilidad burguesa.

En efecto, los desplazamientos en la definición de lo masculino y lo femenino que se perfilaban en el siglo XVIII, respondiendo a las transformaciones sociales y culturales de la época, hallaron en la pujante Ciencia médica un apoyo insustituible. La transición del Antiguo Régimen hacia las sociedades liberales y la progresiva instauración de la hegemonía cultural (y solo más tarde política) de la burguesía conllevó la elaboración de nuevos códigos de respetabilidad que incluían redefiniciones de la identidad femenina (en su doble vertiente de pautas de subjetividad y normas de conducta). Cómo *son* las mujeres y de qué modo

<sup>1</sup> Constance de Theis: *Épître aux femmes*. París, 1797. Hemos consultado la edición moderna de este texto en el volumen *Opinions des femmes de la veille au lendemain de la révolution française*. París, Editions des femmes, 1989, p. 70. Inés Joyes y Blake: *El Príncipe de Abisinia. Novela traducida del inglés por doña... Va inserta a continuación una Apología de las mugeres en carta original de la traductora a sus hijas*. Madrid, Sancha, 1798, p. 201. Polemista y poeta, hija de un hombre de letras, Constance de Theis (también conocida como Mme. de Salm) presidió un salón parisino en el lindar del siglo XIX. Sobre Inés Joyes nos ha sido imposible hallar información alguna en bibliografías y bibliotecas españolas y extranjeras. Su única obra conocida es esta traducción de Samuel Johnson acompañada de un texto propio. No fueron las únicas autoras en expresar disensiones con el discurso higiénico. Entre las escritoras cuyas obras circularon en castellano, Mme. de Genlis, ilustre pedagoga y novelista, muy popular en nuestro país, no se privó de mostrar sus reparos hacia las pasiones desatadas en torno a la práctica de la lactancia materna, precisamente en boca de un personaje que aparecía como encarnación de la perfecta maternidad ilustrada. Genlis, Mme.: *Adela y Teodoro o Cartas sobre la Educacion*. Madrid, Imprenta Real, 1792, carta XXI. Asimismo, Josefa Amar, autora perteneciente a una familia de tradición médica, excelente conocedora de la literatura higiénica europea de su época y de los textos hispánicos de los siglos XVI y XVII, cuyo *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres* le valió la admisión honorífica en la Sociedad Médica de Barcelona, mantuvo un tono moderado distante del lenguaje alternativamente apocalíptico e idealizante de la domesticidad que caracterizaba las orientaciones más drásticas e intimidadoras de la higiene como disciplina de control del comportamiento femenino.

deben actuar en la nueva sociedad que se está gestando: el planteamiento insistente de estas preguntas y las nuevas respuestas a ellas ofrecidas permearon una amplia gama de discursos modeladores de comportamientos, desde la abundante producción pedagógica ilustrada, o los textos de debate teórico continuadores de la "querelle des femmes", a las discusiones sobre economía política, la literatura de creación y los escritos médicos.

La definición ilustrada dominante (que no única) de la identidad femenina enfatizaba la complementariedad y la diferencia irreductible con respecto al varón, atribuyendo a las mujeres una impresionabilidad y sensibilidad que predisponía sus corazones y sus mentes para el reino de la privacidad y el sentimiento. Tal doctrina traducía en el orden del "ser" el papel social que la cultura burguesa asignaba a las mujeres, preconizando el repliegue doméstico y la dedicación familiar y oponiéndose con énfasis a los modos de vida de las élites del Antiguo Régimen.

En ambos sentidos la Medicina actuó como poderoso resorte de justificación intelectual y control social, desde el sólido asiento que le proporcionaban su creciente prestigio como saber científico y la posición cada vez más respetada de sus practicantes<sup>2</sup>. Al perder exclusividad las explicaciones trascendentes y los preceptos de la moral eclesíástica como único asidero desde el que comprender el mundo y regular las conductas humanas, el concepto de "naturaleza" pasó a ser la piedra de toque en la que anclar la teoría política, las reglas para la vida en sociedad o los cánones estéticos. Del mismo modo que la naturaleza mecánica del cosmos se consideraba regida por reglas inteligibles, la naturaleza humana debía presentar ciertos rasgos de regularidad y universalidad que permitieran fundamentar una moral laica. Al hablar de y desde la naturaleza, la Ciencia reviste un carácter sagrado, "oracular", según la expresión de José Luis Peset<sup>3</sup>. Sus palabras adquieren resonancias solemnes, pues pretenden revelar la verdad sobre el mundo y el ser humano. Esa "naturaleza" que se expresa por su boca no es, sin embargo, una noción descriptiva, sino un artefacto cultural con usos conservadores, reformadores o subversivos del orden social y, en particular en el siglo XVIII, un elemento en la búsqueda de legitimidad para un nuevo orden emergente<sup>4</sup>. En lo que concierne a la diferencia entre los sexos, el discurso médico

<sup>2</sup> En el siglo XVIII mejoró en toda Europa la enseñanza universitaria de la Medicina, se desarrollaron instituciones extrauniversitarias (como la *Société Royale de Médecine* francesa, la Real Academia médica matritentes o la Academia Médica de Barcelona) y colegios profesionales, se aceleraron los intercambios internacionales y los medios de comunicación científica (periodismo especializado, viajes de estudios, traducciones), al tiempo que crecía el prestigio social y el poder del médico, apoyo del Estado en su actuación reformadora y preservadora del orden social. Una visión global de la situación de la Medicina europea en esta época en Laín Entralgo, Pedro (dir.): *Historia universal de la Medicina. V. Ilustración y Romanticismo*. Barcelona, 1973.

<sup>3</sup> Peset, J. L. : "Ciencia y cultura en la España de la Ilustración". Conferencia pronunciada en el *Coloquio internacional. Unidad y diversidad en el mundo hispánico en el siglo XVIII*. Sociedad Española de Estudios del siglo XVIII, Salamanca, junio 1994 (en prensa).

<sup>4</sup> Sobre la compleja noción de "naturaleza" en sus múltiples facetas, y sobre la prominencia que adquiere en la cultura de la Ilustración, ver por ejemplo Ehrard, J.: *L'idée de nature en France à l'aube des Lumières*. París, Flammarion, 1970, y Bloch, M.; Bloch, J.: "Women and the Dialectics of Nature

del siglo XVIII no se limitaba a traducir evidencias empíricas: produjo una concepción de la diferencia sensible a los cambios epistemológicos y sociales y susceptible de apoyar los nuevos códigos de comportamiento y la nueva división de espacios masculinos y femeninos.

### **La naturaleza y el "ser" de las mujeres: la construcción de una subjetividad.**

Al modelar el cuerpo sexuado los médicos contribuían poderosamente a construir "la mejor fundada de las ilusiones colectivas": la de unas identidades sexuales ahistóricas, varadas en la eternidad de la naturaleza y legitimadoras de las relaciones sociales y de poder<sup>5</sup>. Edificaban una aparente intemporalidad con la que combatir tanto las críticas, herederas del feminismo racionalista, a las desigualdades entre los sexos como las prácticas sociales de buen tono entre las élites (la activa sociabilidad, la moral permisiva, la delegación de la crianza de los hijos) que amenazaban a su juicio la rectitud de un orden inmutable. Al mismo tiempo, la apelación a una "naturaleza" fetiche se constituía en arma ideológica arrojada contra el "artificio" atribuido a los grupos privilegiados. Sólo en este contexto de lucha de representaciones que acompañó la transición social cobra sentido la tenaz referencia a la naturaleza como principio legitimador y opuesto dialéctico de nociones variables ("cultura", "sociedad", "artificio"). Los códigos de comportamiento burgueses, estéticos, morales, económicos y afectivos, decían adoptar la desnudez y simplicidad de un hipotético retorno a la naturaleza para poner en evidencia los elaborados ropajes de los discursos y prácticas aristocráticas y mundanas<sup>6</sup>. La mujer ideal debía renunciar a la seducción de estos modos de vida y descubrir en su interior la voz queda de la naturaleza

in Eighteenth-Century French Thought", en Maccormack; Strathern, eds.: *Nature, Culture and Gender*. Cambridge, Cambridge University Press, 1980, pp. 25-41.

<sup>5</sup> La expresión es del sociólogo Pierre Bourdieu, citada por Joan Scott: "El género: una categoría útil para el análisis histórico", en Amelang, J.; Nash, M. (eds.): *Historia y género: las mujeres en la Europa moderna y contemporánea*. Valencia, Ed. Alfons el Magnànim, 1990, p. 41. Como afirma Thomas Lacqueur, "la biología —el cuerpo estable, ahistórico, sexuado— es el fundamento epistemológico de las afirmaciones normativas sobre el orden social" (Lacqueur, T.: *La construcción del sexo. Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*. Madrid, Cátedra, 1994, p. 25). La propia biología, lejos de constituir una base científica incuestionable a la cual se han otorgado interpretaciones ideológicas diversas, constituye, tal como han puesto de relieve en particular los estudios feministas, "una categoría sociocultural que ha marcado y distorsionado la percepción y la relación de los sexos, al mismo tiempo que la de otros grupos" (Gisela Bock: "La Historia de las mujeres y la Historia del género: aspectos de un debate internacional", *Historia social*, 9 (1991), p. 62).

<sup>6</sup> La idea de que el concepto de naturaleza, entre otros usos, desempeña un papel fundamental en la construcción simbólica de la identidad burguesa está bien arraigada en la Historia de la cultura. "A mi-distance de la bonté instinctive du sauvage ou du paysan et du raffinement des moeurs aristocratiques, la "voix de la nature" trouve sa meilleure expression dans la simplicité bourgeoise" (Ehrard, J.: *Op. cit.*, p. 209). Las prácticas y discursos higiénicos tomaron en buena medida esta oposición como eje vertebrador. Ver al respecto Vigarello, G.: *Le corps redressé. Histoire d'un pouvoir pédagogique*. París, J. P. Delarge, 1978; del mismo autor *Le propre et le sale. L'hygiène du corps depuis le Moyen Âge*. París, Seuil, 1985, especialmente pp. 144-154: "La nature et l'artifice".

que le dictaba a través de su cuerpo las normas de la felicidad individual y social, concordantes con con el arquetipo burgués de la mujer doméstica.

La Ciencia del siglo XVIII fomentó una representación de los sexos como opuestos radicales que Thomas Lacqueur ha denominado "modelo de la diferencia inconmensurable"<sup>7</sup>. Este modo de pensar la diferencia sexual en términos esencialistas abocaba a una construcción limitadora y finalista de la naturaleza femenina, en la cual el sexo permeaba el ser físico y moral de las mujeres, y enlazaba sin fisuras con los designios naturales y el orden social que las encerraban en la función reproductora. Señoreante, pero no única, en la cultura del siglo XVIII, esta representación hallaba asiento epistemológico en el difundido vitalismo filosófico-médico (predominante en Europa sobre todo a partir de la influencia de la escuela de Montpellier). En sus intentos por definir una vía media entre el mecanicismo y el animismo y por explicar la peculiaridad de la vida a partir de un principio o fuerza ínsita en el cuerpo, esta corriente que impregnó de modo más o menos expreso la mayoría de la literatura médica apoyaba la construcción de un sistema de la feminidad que enlazaba de forma estrecha lo físico y lo mental y patologizaba los comportamientos moralmente sospechosos<sup>8</sup>. Sus huellas se aprecian en diferentes géneros científicos y en distintos países. La investigación anatómica y fisiológica vino a discernir en todas las características del cuerpo femenino, en las peculiaridades (amplificadas) del esqueleto, en la delicadeza de los tejidos, en la sensibilidad del sistema nervioso y, sobre todo, en la disposición de los órganos sexuales, los signos de la aptitud para la maternidad, convertida no solo en posibilidad sino en destino, y las huellas de una especificidad moral<sup>9</sup>. La exquisita sensibilidad (sensitiva y

<sup>7</sup> Diversos estudios sobre la representación de las mujeres en los textos médicos señalan la sustitución progresiva, culminante en los siglos XVIII y XIX, de la idea de inferioridad apoyada en las doctrinas aristotélico-galénicas por una fascinación por la "complementariedad" de los sexos y un esfuerzo asimétrico por extender en las mujeres la influencia de su cuerpo sexuado a todas las manifestaciones de su vida física, moral e intelectual. Ver al respecto en especial la obra de Knibiehler, Y.; Fouquet, C.: *La femme et les médecins*. París, Hachette, 1983; retoma dos artículos anteriores de Y. Knibiehler: "Les médecins et la "nature féminine" au temps du Code Civil", *Annales*, julio-agosto (1976), pp. 824-845; "Le discours sur la femme: constantes et ruptures", *Romantisme*, 13-14 (1976), pp. 41-55. Para Lacqueur, el "modelo de la diferencia inconmensurable" o "modelo de dos sexos" no desplazó totalmente al "modelo de un solo sexo" imperante desde la Antigüedad hasta el siglo XVIII (que representaba la diferencia entre cuerpos masculinos y femeninos como una cuestión de grado y no de esencia, dentro de un sistema de comparaciones analógicas y una fisiología de fluidos fungibles que admitía la transición de un sexo a otro): éste siguió siendo difundido por opúsculos de corte galénico.

<sup>8</sup> Sobre esta y otras corrientes del pensamiento médico del siglo XVIII (mecanicismo, empirismo, animismo), sus representantes, producción y conexiones internacionales, ver la obra citada dirigida por Laín Entralgo. Examina con detalle la concepción de las mujeres en esas diversas escuelas y autores Hoffmann, P.: *La femme dans la pensée des Lumières*. Paris, Ophrys, 1977. Un resumen de esta obra en Hoffmann, P.: "L'héritage des Lumières: mythes et modèles de la féminité au XVIIIe siècle", *Romantisme*, 13-14 (1976), pp. 7-21.

<sup>9</sup> Sobre el modo en que los presupuestos culturales sobre la diferencia sexual condicionaron no solo las interpretaciones sino el propio planteamiento de la investigación y representación anatómica y fisiológica, ver los trabajos citados de Knibiehler y Lacqueur.

sentimental) que los filósofos de la "complementariedad" atribuían a las mujeres para argumentar tanto su predisposición a convertirse en el centro de irradiación afectiva del hogar como los límites de su entendimiento, halló asidero científico en referencias más o menos remotas a la teoría halleriana de la irritabilidad. Así en palabras de un célebre médico español, "las pasiones, aunque comunes a ambos sexos, son más vivas en las mugeres por su irritabilidad mayor que en los hombres"<sup>10</sup>. La "delicada organizacion" de su organismo, la "imaginacion y las percepciones mas activas y delicadas que los hombres", la "flaqueza de sus organos" y la "vehemencia de sus pasiones" se convirtieron en ideas comunes, difundidas tanto por la literatura médica como por el ensayismo de más cortos vuelos<sup>11</sup>. La vulgarización del saber médico en el siglo XVIII favoreció la apropiación de los "descubrimientos" anatómicos por autores profanos que los incorporaron a sus argumentaciones sobre el correcto orden de las relaciones entre los sexos; de ese modo, por ejemplo, el amplio conocimiento por parte de Lorenzo Hervás de la literatura médica europea y el despliegue erudito de que hizo gala en su obra dotaban de otro empaque a su justificación, en apariencia tradicional, de la sumisión femenina<sup>12</sup>.

Donde la literatura médica reveló con mayor claridad su carácter de discurso ideológico fue en las especulaciones de los "médecins-philosophes" (Roussel, Virey, Cabanis...). La pretensión de extraer de la naturaleza recetas infalibles e irrenunciables para la reforma de la sociedad no se desliza en sus textos entre las líneas de un discurso en apariencia empírico, como el de los anatomistas y fisiólogos, sino que se expone en amplias reflexiones y

<sup>10</sup> Bonells, J.: *Perjuicios que acarrear al género humano y al Estado las madres que rehusan criar a sus hijos, y medios para contener los abusos de ponerlos en Ama*. Madrid, Miguel Escribano, 1786, p. 131. Médico de los duques de Alba y miembro de distinguidas sociedades científicas, entre ellas la *Royale Societé de Médecine*, Bonells publicó entre 1796 y 1800, junto con el cirujano Ignacio Lacaba, un *Curso completo de Anatomía*, representativo del gran desarrollo y puesta al día de la Anatomía española del siglo XVIII, que mostraba un amplio conocimiento de la literatura europea y un nivel equiparable al de las mejores obras extranjeras de su género.

<sup>11</sup> Estas expresiones aparecen, por ejemplo, en dos artículos de prensa, uno de divulgación médica y otro de ensayismo de tipo "espectador": "Discurso sobre los malos efectos que causan los braseros de pie a la salud de las mugeres" (*Espíritu de los mejores diarios literarios que se publican en Europa*, 1790, nº 223-224 (pp. 233-237 y 259-263) y *El Duende especulativo sobre la vida civil*, nº 9, pp. 187-214. La "sensibilidad" tenía en la cultura de la época complejas implicaciones intelectuales y sociales. Se consideraba indicio de refinamiento moral y social, pero también factor propiciatorio de enfermedades nerviosas. Ver Stephanson, Raymond: "Richardson's "nerves": the physiology of sensibility in *Clarissa*", *Journal of the History of Ideas*, 1988, pp. 267-285.

<sup>12</sup> "El hombre, como más fuerte, robusto, intrépido y esforzado que la muger, está destinado por la naturaleza para los mayores trabajos y fatigas corporales, y la muger, endeble, recatada y tímida, naturalmente está destinada para fatigas menores, para el retiro y para la guardia de la casa". Hervás y Panduro, L.: *Historia de la vida del Hombre*. Madrid, Aznar-Imprenta de la Administración del Real Arbitrio de la Beneficencia, 1788-1799, II, 52-53 (también I, 367-368). La obra enciclopédica del jesuita (tanto ésta como *El hombre físico o Anatomía humana físico-filosófica*) tuvo una gran importancia en la difusión del saber médico (anatómico, embriológico, higiénico) entre un público profano.

vehementes recomendaciones<sup>13</sup>. Su concepción del sexo femenino como "el sexo" por excelencia convergía con los esfuerzos de filósofos como Thomas o todavía más Rousseau por enraizar en una naturaleza radicalmente "otra" su reacción contra la sociedad aristocrática y las actividades desempeñadas por las mujeres en su seno. Las doctrinas de unos y otros dejaron profunda huella en el pensamiento de su época y en el siglo XIX<sup>14</sup>. Por poner un único ejemplo de los que circularon en nuestro país, el *Curso elemental de enfermedades de las mugeres* de Vigarous, traducido en 1807, se abría con una disquisición "De la diferencia de sexos, de la naturaleza del sexo femenino, y de su objeto final". En ella el médico francés ridiculizaba a aquellos autores (en probable referencia a Poulain de la Barre, Helvetius o Condorcet) que habían defendido la igualdad esencial de hombres y mujeres reduciendo la trascendencia de sus diferencias físicas, tanto como a los antiguos (Aristóteles, Galeno) que las consideraban hombres defectuosos o invertidos. Su texto sistematizaba los caracteres físicos considerados atributos naturales de la feminidad: debilidad ósea y muscular, tejido celular poco consistente, humores fluidos, excitabilidad nerviosa, influencia determinante del útero, y los prolongaba en el plano moral para definir el modelo de subjetividad femenina inestable, sensible y tierna. La escasa fortaleza de órganos y fibras explicaba a su juicio la mayor irritabilidad de las mujeres, que era a un tiempo sabia adaptación natural a la función reproductora y peligrosa tendencia a las enfermedades nerviosas<sup>15</sup>. Todos esos caracteres no hacían sino manifestar la sabia complementariedad establecida por la naturaleza<sup>16</sup>. En

<sup>13</sup> Sobre estos autores (Roussel, Cabanis, Moreau de la Sarthe, Jouard, Virey) ver, además de la bibliografía citada hasta ahora, la obra de Fraisse, G.: *Musa de la razón. La democracia excluyente y la diferencia de los sexos*. Madrid, Cátedra, 1991, cap. III.

<sup>14</sup> En España las traducciones y el notable eco de obras francesas que se esforzaban en elaborar teorías de la feminidad como encarnación del "otro" absoluto, evitando toda referencia a una inferioridad que ya no resultaba de buen tono defender según los esquemas de la misoginia clásica de base escolástica, muestran que los textos médicos formaban parte de un ambiente cultural más amplio. Así, las obras de Thomas, Boudier o Desmahis suscitaban comentarios y fueron utilizadas por autores españoles. Thomas, A.L.: *Historia o pintura del carácter, costumbres y talento de las mugeres de los diferentes siglos*. Madrid, Miguel Escribano, 1773. Boudier de Villemert: *El Amigo de las mugeres*. (Traducción de F. M. Nifo). Madrid, 1763 (2ª edición 1771). Desmahis: "Reflexiones imparciales sobre las mugeres" (traducción, no reconocida, del artículo "Femme. Morale" de la Enciclopedia), en *Miscelánea instructiva y curiosa*, nº 7 (1797).

<sup>15</sup> También en la obra de Tissot, célebre higienista vinculado a la teoría de la irritabilidad de Haller y traducido y ampliamente leído en España, emerge la consideración de la debilidad de las fibras femeninas como adaptación funcional a las necesidades de la maternidad pero asimismo como condicionantes de frecuentes patologías (circulatorias, nerviosas). Tissot, A.: *Tratado de las enfermedades más frecuentes de las gentes del campo*. Madrid, Pedro Marín, 1774, p. 228. Ver también el texto de un autor más antiguo pero de gran influencia todavía en el XVIII, el prestigioso sistemático de Leiden: Boerhaave, H.: *Aphrismos de Cirugia...comentados por Gerardo Van-Swieten y traducidos al castellano...por D. Juan Galisteo y Xiorro*. Madrid, Pedro Marín, 1786, p. 124.

<sup>16</sup> "El hombre y la muger, que en la especie humana estan encargados de la propagacion de su especie, son dos entes que se desemejan, los quales, por mas que algunos autores lo hayan desatinadamente pretendido, no se podrian ni pueden equivocar ni confundir por relaciones ni semejanzas

un lenguaje profundamente deudor de Rousseau y de Roussel, el más influyente de los "médecins-philosophes", Vigarous se esforzaba por diluir todo atisbo de conflicto o de comparación entre los sexos y en presentarlos como perfectamente adaptados a sus respectivas funciones sociales: "Dichas correlaciones y diferencias deben influir en lo moral: esta consecuencia es sensible, concuerda con la experiencia, y manifiesta la vanidad ó futilidad de las disputas sobre la preferencia é igualdad de los sexos: ¿á caso dirigiéndose y concurriendo cada uno de ellos, según su destinación peculiar, á los fines de la naturaleza, no es mas perfecto con esto que si se semejase más al otro?"<sup>17</sup>. Toda crítica del orden que el discurso burgués aspiraba a instaurar se convertía de ese modo en vana rebeldía contra la naturaleza, toda denuncia de las desigualdades sociales entre los sexos, en fútil abandono del único camino para la felicidad individual y social. La "naturaleza" así definida es elocuente y no admite réplica: orden físico y social se explican mutuamente.

En España la obra del más célebre de los "médecins-philosophes", Roussel, no se tradujo hasta 1821, y la especulación teórica sobre la diferencia sexual con argumentos médicos no alcanzó el carácter obsesivo que tuvo en el país vecino. No obstante, las observaciones dispersas en textos de diferentes índole, las versiones de obras extranjeras y la lectura de textos originales sugiere que la reorientación en las representaciones de la feminidad formaba parte también del clima cultural y respondía, salvando las diferencias, a similares razones sociales<sup>18</sup>. Fue sin embargo otro tipo de literatura médica, más próxima al público profano y pragmática en su enunciación de normas de vida, la que vehiculó en España la aportación de la Medicina al tejido de las identidades de género.

### **La "naturaleza" y la reforma de conductas: persuasiones del discurso higiénico.**

Si la biología o las reflexiones filosóficas que la toman como pretexto aspira a decir la más profunda "verdad" sobre el ser de las mujeres, es la higiene o "medicina doméstica" en el siglo XVIII, la que a través de sus normas para el mantenimiento de la salud traduce en

absolutamente idénticas: no se parecen uno a otro, sino por semejanzas de organización, y demás relaciones generales de su especie; fuera de estas, el hombre y la mujer son dos entes muy distintos, y cada qual tiene sus pasiones particulares, sus hábitos, su temperamento y enfermedades" (Vigarous, J.: *Curso elemental de enfermedades de las mujeres*. Madrid, Juan de Brugada, 1807 (original de 1801), p. 4).

<sup>17</sup> *Ibidem*, pp. 12-13.

<sup>18</sup> En el siglo XVIII, con ritmo creciente en los decenios finales, se tradujo un importante volumen de obras médicas extranjeras. Asimismo, las lecturas y citas de los médicos y cirujanos españoles muestran un amplio conocimiento de la Medicina europea en sus diferentes vertientes y escuelas: los nombres de anatomistas, fisiólogos, cirujanos, higienistas como Haller, Van Swieten, Winslow, Astruc, Le Roy, Ramazzini, Sauvages, Ballexerd, Tissot, Buchan, Cadogan, Frank, son referencia obligada en los textos médicos españoles. Los "ideólogos" como Cabanis formaron también parte de las lecturas de otros intelectuales como B. J. Gallardo, Jovellanos o Quintana (Pérez Vidal, A.: "La recepción del pensamiento de los "ideólogos" en la España de Carlos IV: la obra juvenil de B.J. Gallardo", comunicación presentada al *Coloquio internacional. Unidad y diversidad en el mundo hispánico del siglo XVIII*. Salamanca, junio 1994 (en prensa).



fórmulas aplicables a la vida cotidiana las ideas médicas sobre el orden social y sexual y las condiciones de su mantenimiento<sup>19</sup>. La literatura médica de divulgación, pujante en esta época, acuña nuevos géneros (los tratados de Medicina doméstica y de "conservación" de la infancia) y ocupa con asiduidad las páginas de la prensa general<sup>20</sup>. Impregna también los escritos pedagógicos, la literatura de creación y crítica de costumbres, mostrando de ese modo no solo la vascularización de los saberes médicos sobre el cuidado del cuerpo, sino la estrecha relación percibida entre el cambio de hábitos de salud y la reforma de la sociedad. Médicos y profanos que escriben sobre higiene privada erigen a las mujeres en destinatarias principales de sus discursos, cifrando en el comportamiento dócil a sus recomendaciones (a la disciplina ilustrada de sus propios cuerpos y a la minuciosa atención a sus hijos, rechazando las prácticas tradicionales de crianza) el pilar del orden moral y social y de la prosperidad del Estado.

El discurso higiénico se articula sobre tres planos lógicos. Su justificación más explícita

<sup>19</sup> "La higiene es... ese control que, antes de ser social, más avanzado el siglo [XIX], es el ejercicio apropiado para disciplinar la naturaleza femenina. La higiene es todo eso, mantenimiento de la belleza, cuidado de la salud física, preocupación por una mejor reproducción, dominio del temperamento. La higiene es el medio de perfeccionamiento, el instrumento del progreso de la especie. Es una nueva técnica que permite educar a la mujer en su papel" (Fraisse, G.: *Op. cit.*, p. 96).

<sup>20</sup> Destacan los tratados de Tissot *Aviso al pueblo sobre su salud* (que fue objeto de 7 ediciones españolas entre 1773 y 1795), *Aviso a los literatos*, y *a las personas de vida sedentaria, sobre su salud* (traducido en 1771 y 1786) y el de Buchan *Medicina doméstica* (editado también en 7 ocasiones en castellano entre 1785 y 1798, con tres traducciones diferentes aparecidas en el mismo año, en 1785), obras de amplísima divulgación europea. Sobre ellas ver Perdiguero, E.: *Los tratados de Medicina doméstica en la España de la Ilustración*. Tesis doctoral microfilmada, Universidad de Alicante. Entre los tratados de "conservación" o "educación física de la infancia", Hervás y Panduro, L.: *Historia de la vida del hombre*. Madrid, Aznar-Imprenta del Real Arbitrio de la Beneficencia, 1789-99 (7 vols.); Landais (traducción de Pedro Vidart): *Disertación sobre las utilidades que se siguen de criar las propias madres a sus hijos*. Madrid, Imprenta Real, 1784; Buchan, W. (traducción anónima): *El conservador de la salud de las madres y de los niños*. Madrid, Fermín Villalpando, 1808; Arteta de Monteseuro, A.: *Disertación sobre la muchedumbre de niños que mueren en la infancia, y modo de remediarla*. Zaragoza, Mariano Miedes y Francisco Magallón, 1801 y 1802; Iberti, J.: *Método artificial de criar a los recién nacidos y darles una buena educación física*. Madrid, Imprenta Real, 1795; Bonells, J.: *Perjuicios que acarrea al género humano y al Estado las madres que rehusan criar a sus hijos, y medios para contener el abuso de ponerlos en Ama*. Madrid, Miguel Escribano, 1786; Ginesta, A.: *El conservador de los niños*. Madrid, Imprenta Real, 1797; Ballexerd, J.: *Crianza física de los niños desde su nacimiento hasta la pubertad*. Madrid, Gabriel Ramírez, 1765; Frank, J.P.: *Tratado sobre el modo de criar sanos a los niños, fundado en los principios de la Medicina y de la Física, y destinado a los padres, que tanto interés deben tener en la salud de sus hijos*. Madrid, imprenta García y compañía, 1803. Las actas de las sociedades médicas, como la Real Sociedad de Medicina y otras Ciencias de Sevilla, los inicios del periodismo médico pero también la prensa general (en especial publicaciones como el *Espíritu de los mejores diarios literarios que se publican en Europa*, *Memorial literario*, *Semanario de Agricultura y Artes dirigido a los Párrocos*, *Correo literario de Murcia*...) muestran también ese interés por la Medicina preventiva y divulgativa.

invoca la autoridad de la Ciencia en ayuda de un ambicioso proyecto social: detener la temida (y falsa) "despoblación" y "bastardeo" de la especie, asegurando el potencial productivo y bélico del Estado. Con ese señuelo se exige de las mujeres la escrupulosa atención a ciertas normas de vida que desde su infancia las preparan para la función reproductora, y durante su vida adulta circunscriben su espacio al hogar, trayéndolas de la vida mundana propia de las élites dieciochescas. Estas pautas higiénicas apoyan, en un lenguaje enfático que casa mal con la pretendida neutralidad de la Ciencia, el repliegue doméstico preconizado por la literatura ilustrada en su ideal de feminidad burguesa. Su mensaje es también el de la distinción social, hecha patente a través de la salud, signo de utilidad y rectitud moral que debe diferenciar a las mujeres de la élite ilustrada de las aristócratas parasitarias<sup>21</sup>. En tercer lugar, por último, el discurso higiénico representa el despliegue del poder social de la Medicina oficial. Campo significativo de la reforma ilustrada de la Ciencia (apoyada en el precedente del movimiento novator), la Medicina española experimentó en este siglo importantes cambios que afectaban a su orientación intelectual (de las tendencias iatroquímicas y iatromecánicas al eclecticismo y los inicios de la Medicina anatomoclínica), al carácter de sus enseñanzas (renovadas en un sentido más práctico y abiertas a la influencia europea), a su relación con el poder (decidido apoyo real a las reformas, fundación de nuevas instituciones, tendencia centralizadora) y a la selección de su audiencia (impulso divulgativo)<sup>22</sup>. También se produjeron notables transformaciones en la consideración social de las profesiones médicas y en el equilibrio de colectivos en su seno. El siglo XVIII vio incrementarse el prestigio de los profesionales de la Medicina, y éstos aspiraron a ampliar su campo de acción y a vallarlo contra el "intrusismo" de otros sanadores y sanadoras. Médicos y cirujanos (colectivo éste en particular auge) trataron de desplazar o de mantener bajo estrecho control los saberes tradicionales sobre el cuerpo femenino y la crianza de los niños, limitando el radio de acción de sus artífices (nodrizas, comadronas), y lo hicieron esgrimiendo frente a la "irracionalidad" de tales prácticas y creencias la bondad y científicidad de su propio saber.

El entrelazamiento de estas lógicas puede apreciarse en el modo en que la literatura médica de divulgación utilizó la noción de "naturaleza" al dirigirse a las mujeres o referirse a ellas. Contra la solidez monolítica que la idea de naturaleza como traducción del *verdadero*

<sup>21</sup> De ese modo la Medicina acude en apoyo de la crítica de costumbres de raigambre ilustrada y burguesa. Lo muestra, por ejemplo, la colusión de argumentos científicos y morales en el rechazo a los usos indumentarios de las élites, a la asistencia a espectáculos públicos por parte de las jóvenes y a la costumbre de la lactancia asalariada. Ver algunas citas y ejemplos en un trabajo en el que desarrollamos estas dos líneas maestras del discurso higiénico. Bolufer Peruga, M.: "El "plantel del Estado": la educación física de las mujeres y los niños en la literatura médica de divulgación del siglo XVIII", *III Congreso de la Asociación Ibérica de Demografía Histórica*, Braga (Portugal), abril 1993 (en prensa).

<sup>22</sup> Ver al respecto López Piñero, J.M.: "Patología y Clínica en la Ilustración. Europa Latina", en Laín Entralgo: *Op. cit.*, pp. 73-84; Granjel, L.: *La medicina española del siglo XVIII*. Salamanca, 1979; Lafuente, A.; Puerto Sarmiento, J.; Calleja Folguera, M.C.: "Los profesionales de la Sanidad tras su identidad en la Ilustración española", en Sánchez Ron, J.M. (ed.): *Ciencia y sociedad en España: de la Ilustración a la guerra civil*. Madrid, 1988, pp. 71-92.

ser pretende revestir, sus contradicciones y usos polivalentes muestran el juego de sus virtualidades estratégicas y desvelan su profundo y diverso enraizamiento social.

### La mujer "natural" y el artificio aristocrático.

Cuando se trata de subrayar las "irracionalidades" de las formas prevalentes de disciplina física de los cuerpos femeninos en los medios mundanos, la literatura higiénica parece alejarse del modelo de fragilidad que establecía la especulación médico-filosófica y sancionaban los hallazgos fisiológicos y anatómicos. En este uso, la naturaleza femenina se presentaba aherrojada y consumida por hábitos de vida insanos. El recurso a la "naturaleza" frente al arte, a la sencillez contra el artificio, a la funcionalidad frente a las imposiciones de las apariencias, era piedra de toque para la denuncia de una serie de gestos y códigos identificados con prácticas aristocráticas. Sea en la crítica al uso inmoderado de cosméticos, a los efectos de la ociosidad o a la prisión de una vestimenta encorsetada, la idea subyacente es siempre que los usos de la civilización constriñen los cuerpos y los doblegan despojándolos del vigor que les es natural. La tranquilidad doméstica, la dedicación absorbente a la maternidad, el ejercicio físico encauzado en la dirección moral y socialmente conveniente (actividades de supervisión doméstica, paseos campestres), la regulación del horario y el alimento (frente a la vida nocturna o la caprichosa gastronomía impuesta por los ritos de sociabilidad), la simplicidad del vestido y la educación doméstica (contra la reclusión conventual) son las conductas propuestas por los médicos, con frecuencia de consuno con los moralistas ilustrados, para recuperar en la vida social la "verdadera naturaleza" femenina<sup>23</sup>. Una naturaleza social que, a modo de segunda piel, armonice con los designios de la naturaleza como orden cósmico y con los criterios de respetabilidad burguesa. Salud y fecundidad, bienestar moral, paz de las familias y reproducción de la especie son las recompensas que los médicos ofrecen a las mujeres que sigan sus recomendaciones. Así, lo que aparece bajo las capas de "artificio" que la Ilustración pretende limar no es en absoluto una "naturaleza" intemporal que se imponga como evidencia una vez desterrados los "errores" y "prejuicios", sino una construcción alternativa, adaptada a las exigencias de la lucha de representaciones.

La concepción del organismo femenino en términos de fragilidad y la crítica de la debilidad artificiosa son tendencias que pueden oponerse o complementarse. Para los autores que las compatibilizan, se trata de fortalecer el cuerpo femenino para la maternidad (y en segundo término, para el trabajo), transformando aquellos hábitos de la civilización que lo

<sup>23</sup> Entre otros muchos ejemplos, ver el texto de Dubé que, pese a su título, dedica cierto espacio a detallar las conductas insanas de las mujeres acomodadas. Dubé: *El Médico y cirujano de los pobres...* Madrid, 1755., pp. 256-257. Concluye su descripción de estos hábitos perniciosos (afeites, escotes, vigiliat, alimentos de capricho) con estas significativas palabras: "Este es el abuso, que las Damas hacen de las cosas, cuya dexacion, y alexamiento haría un caudal de salud, de modestia, y aun de ahorro" (p. 257).

subyugan y enervan, pero manteniendo hasta cierto punto la ecuación entre debilidad física, predisposición psíquica y destino que justifica la exclusión de las mujeres de los ámbitos públicos. En cambio, otros médicos ponen todo su empeño en la conservación de la salud y eluden la fundamentación biológica de una división de esferas que, no obstante, comparten. Estas posturas contrapuestas se encarnan en la neta divergencia de planteamiento entre Tissot y Buchan, autores de los dos tratados de Medicina doméstica más difundidos en España. Más filósofo en sus reflexiones y alarmista en sus advertencias el primero, menos biólogo y más preocupado el segundo por asegurar el cumplimiento por parte de las mujeres de funciones sociales juzgadas necesarias, pueden representar, en el campo de la Medicina, el debate sobre el carácter e implicaciones de la diferencia sexual que atraviesa el siglo XVIII y que apoya la presión para modificar los comportamientos femeninos bien en la conveniencia social, bien en una elaborada construcción de la naturaleza femenina.

### **La naturaleza, juez y fiscal.**

Con la habilidad para pulsar cuerdas diferentes en la sensibilidad de los lectores que caracteriza a los discursos de afán persuasivo, los médicos alternaron dos encarnaciones discursivamente opuestas de la naturaleza al dirigirse a las mujeres. Una de ellas es la presentación amable de la naturaleza como un orden interno al cuerpo y la mente femeninas que armonizaría providencialmente las conductas conducentes al bienestar físico y moral de éstas con las favorables a la propagación de la especie y el orden social. Esta imagen se acompaña, en proporciones diversas, con una figura intimidadora en la cual la naturaleza aparece personalizada con los impulsos de castigo a las transgresiones propios de un dios vengador. Evocada literariamente con rasgos casi antropomórficos, esa naturaleza-juez convierte las posibilidades biológicas en destino inexcusable. Recompensa y castiga, deja oír su voz a quienes la escuchan o claman en el desierto de la indiferencia. Como lo expresaban con pocos años de diferencia un médico francés y otro español: "Nada hace inútil la provisión y sabia Naturaleza: cuida de sus obras aun las menos importantes: sabe conducir sus operaciones por los mas propios medios para que lleguen á los fines á que las destina: impone sus leyes invariables á todo ser: someterse docilmente á ellas es cumplir su destino: apartarse y quebrantarlas es trastornar el orden, salir de sus límites y faltar á su objeto(...). Estas funciones [las de la maternidad] son santas y sagradas: si se dispensa de ellas, no lo hace impunemente: el castigo sigue á la infracción; mil peligros y males son la consecuencia de su desobediencia"<sup>24</sup>.

Ninguna razón científica explica del todo la delectación morbosa de muchos médicos y también profanos en detallar las devastaciones físicas supuestamente producidas por la renuencia de las mujeres en adoptar los modos de vida convenientes: las terribles consecuencias de los "depósitos lácteos", causados por la negativa a amamantar y responsables de los

<sup>24</sup> Landais: *Op. cit.*, pp.1-2. Bonells: *Op. cit.*, pp.298-210, reproduce prácticamente este pasaje de Landais, una de sus fuentes principales. Otros textos sobre el carácter normativo de la naturaleza y el castigo que impone a las infractoras: Buchan: *El conservador...*, p.89; Iberti: *Op. cit.*, p.12; Frank: *Op. cit.*, pp.48-49.

más variados males (cáncer, úlceras, locura), las espectaculares deformidades e incluso muertes inducidas por la compresión de las cotillas, las conductas dementes de las mujeres aquejadas de histeria o ninfomanía, probadas todas por contundentes ejemplos clínicos<sup>25</sup>. Es en este envés coactivo de auténtico "terrorismo médico" en el que el discurso muestra con mayor crudeza su voluntad normativa, desplegada también en los registros más amables de la persuasión sentimental o patriótica. La naturaleza, con su doble faz riente y terrible, es uno de los recursos más poderosos en la construcción de comportamientos morales y un eficaz sustituto o complemento de la divinidad como otorgadora de premios y castigos.

### La naturaleza niveladora: las imposiciones de una moral universal.

La lucha contra el particularismo moral y la elaboración de una imagen exigente de respetabilidad burguesa tuvieron también en este concepto un útil aliado. La apelación a la naturaleza permite formular un discurso que, pese a la evidencia de su sesgo social, se presenta como universalizador, aboliendo las diferencias de rango y condición para prescribir una moral sin excepciones. Así, por ejemplo, la apariencia niveladora de la naturaleza sirvió para minar las justificaciones basadas en las exigencias del rango que sostenían los modelos tradicionales de crianza de los hijos, en los cuales las élites encomendaban a criadas y nodrizas la atención a sus vástagos. En palabras de Josefa Amar, la dedicación materna, simbolizada en el vínculo físico y moral de la lactancia, no admitía tales privilegios: "La obligación de criar las madres á sus hijos es de dercho natural. El mismo Criador que por su sabia providencia ha dispuesto que la muger concibiese y pariese, le ha dado los medios é instrumentos para alimentar su prole, sin que en este punto se advierta la menor diferencia

<sup>25</sup> Por ejemplo, Bonells sintetiza con estas palabras los terribles males causados por la supresión de la lactancia, a los que dedica todo el capítulo V de su obra, rebosante de intimidadores casos clínicos extraídos de las autoridades médicas o de su propia actividad profesional: "Entonces la injusta parida paga el atentado de haber pervertido el orden de la naturaleza. Es esta en sus providencias tan respetable, como sabia; quien viola sus leyes y se opone a sus designios, tarde o temprano experimenta a costa de su salud el castigo de su temeridad. La leche desviada de sus legítimos conductos acomete indistintamente todas las partes del cuerpo, la naturaleza irritada reúne sus fuerzas para sacudirse del enemigo, y de este mutuo conflicto nacen gravísimos accidentados sin cuento, con los cuales castiga la naturaleza la injusticia de las madres, y vindica sus ultrajados derechos" (Bonells, J.: *Op. cit.*, p. 215). Similar lenguaje ejemplarizante emplea Begue de Presle, traducido por Galisteo y Xiorro, al reseñar los peligros de las cotillas y otras prendas ajustadas, de las pelucas o de la vida sedentaria (Begue de Presle: *El conservador de la salud*. Madrid, Pedro Marín, 1776, en especial capítulos VI y VIII). Tanto en este como en otros autores, notablemente Tissot, la virulencia de las amenazas solo es paragonable con la galería de horrores que se dicen provocados por la masturbación. Sobre el uso normativo de la patologización de los comportamientos sexuales femeninos, ver Moreno, A.: "Histeria y control de la mujer en España: una estrategia en la construcción del ideal de género" y Vázquez, F.: "Ninfomanía y construcción simbólica de la femineidad (España, siglos XVIII-XIX)", en Canterla, C. (ed.): *La mujer en los siglos XVIII y XIX. Actas del VII Encuentro de la Ilustración al Romanticismo*. Cádiz, Universidad de Cádiz, 1994, pp. 83-92 y 125-135.

entre una muger de baixa esfera, y la señora mas ilustre y distinguida"<sup>26</sup>.

Los moralistas eclesiásticos no habían llegado a expresarse de modo tan radical sobre este aspecto de la moral familiar. Pese al carácter universal que revisten en teoría los preceptos de la moral cristiana y a la adscripción del amor maternal al ámbito del instinto, en la práctica los menos estrictos (afines a posiciones probabilistas) llegaban a compromisos con los usos sociales de los grupos superiores formulando una moral adaptada a una sociedad estamental regida por el privilegio<sup>27</sup>. En cambio, el discurso higienista presenta sus exigencias como llamadas de la naturaleza, imposiciones de una razón universal que afecta por igual a todas las madres, sea cual sea su condición<sup>28</sup>.

La ecuanimidad de esta naturaleza es, sin embargo, solo aparente, pues las mujeres capaces de adaptarse a sus designios son únicamente aquellas cuya posición les permita practicar modos de vida sanos y una dedicación exclusiva a la maternidad. Las mujeres del pueblo, actrices secundarias en el discurso higiénico, aparecen ora embrutecidas por el trabajo y la ignorancia, e imposibilitadas de recuperar la verdadera naturaleza femenina, ora difuminadas en los contornos imprecisos de la "buena salvaje", encarnación idealizada e irreal de esa misma naturaleza<sup>29</sup>.

### Los intérpretes de la naturaleza.

Topodoperosa, persuasiva y amenazante, la naturaleza tal como la representan los textos médicos no habla a las mujeres un lenguaje del todo inteligible. Requiere el concurso mediador de los médicos para decodificar y sistematizar sus preceptos. Una vez más, la personificación del concepto se utiliza para deslegitimar ciertos comportamientos reputados

<sup>26</sup> Amar y Borbón, J.: *Discurso sobre la educación física y moral de las mugeres*. Madrid, Benito Cano, 1790, p. 23. Existe una edición moderna de esta obra a cargo de M<sup>a</sup> Victoria López-Cordón (Madrid, Cátedra, 1994).

<sup>27</sup> Dos ejemplos significativamente divergentes son los siguientes. El jesuita P. Matías Sánchez, pese a sus protestas contra "la comun distincion de nuestros Autores entre Mugeres nobles y plebeyas", en la práctica se mostraba relativamente tolerante frente a la lactancia asalariada como parte del modo de vida, de las exigencias de la consideración social en las capas más altas de la sociedad. Sánchez, M.: *El padre de Familias, brevemente instruido en sus obligaciones de padre*. Madrid, Aznar, 1785, p. 185 y 192-193. En cambio, el jansenizante Le Tourneux (traducido por la condesa de Montijo, mujer de análogas simpatías religiosas) atacaba con severidad este hábito. Le Tourneux, N.: *Instrucciones cristianas sobre el sacramento del Matrimonio*. Barcelona, Bernardo Pla, 1774.

<sup>28</sup> Sobre la preocupación por la salud del propio cuerpo y de la descendencia como rasgo característico de la identidad simbólica de la burguesía ver el comentario de Foucault, M.: *Historia de la sexualidad. T. I*. Madrid, Siglo XXI, 1976, p. 149.

<sup>29</sup> Consciente de las limitaciones sociales de sus consejos higiénicos, Buchan reconocía en el prólogo a una de sus obras: "Las reglas que prescribo convienen á todas las condiciones, excepto al estado de suma miseria; y con la esperanza de que no haya ni aun esta excepcion, hago ver el método mas eficaz de socorrer á las mugeres que se hallan en tan triste situacion" (Buchan, W.: *El conservador de la salud de las madres y de los niños*. Madrid, Fermín Villalpando, 1808, p. XV).

de "artificiosos" y "antinaturales", y para subrayar la sencillez que comporta dejarse llevar por el instinto, pero ese impulso primario queda sometido a una interpretación que garantiza su encauzamiento dentro de las pautas moralmente convenientes.

Un ejemplo significativo lo constituye la construcción de una nueva definición de la maternidad, que en el discurso higiénico se apoya de forma compleja en el juego entre naturaleza y cultura, entre instinto y saber adquirido. Entre ambos se tiende una contradicción lógica, la de un modelo de feminidad que quiere ser al mismo tiempo transparencia de los designios e inclinaciones naturales y laborioso aprendizaje de técnicas, valores y actitudes.

Para convencer a las mujeres de la conveniencia del repliegue doméstico y elaborar un discurso que no admitiese excepciones ni privilegios, se construyó de modo enfático en el siglo XVIII el dogma del amor maternal como sentimiento enraizado en las profundidades del instinto<sup>30</sup>. El esfuerzo discursivo desplegado por educadores, moralistas y médicos para definir como canónico un determinado tipo de amor, que aspiraban a definir, suscitar y encauzar, fue extraordinario. Como prueba de su carácter natural, subyacente a los artificios de la civilización, se mostraban con complacencia las inclinaciones maternas de seres considerados en mayor proximidad a la naturaleza: las hembras de los animales, las mujeres de los pueblos primitivos o de los "tiempos incultos", unificadas todas en una simplificada analogía de comportamientos<sup>30</sup>. Se detallaban con prolijidad, incluso en obras de divulgación, los rasgos de la anatomía femenina indicativos de su función maternal, y se invitaba a las mujeres a prestar oído a la voz del instinto que susurra en su interior<sup>31</sup>.

El amor maternal aparece para sus adalides ilustrados como una inclinación que cabe

<sup>30</sup> Hace años, en una polémica obra, titulada en su versión castellana *¿Existe el amor maternal?* (traducción del título original —*L'amour en plus. Une histoire de l'amour maternel*— que resalta el carácter provocador de la obra), Elisabeth Badinter negaba la existencia del instinto y analizaba la construcción histórica de este sentimiento como parte de la reacción ideológica contra la libertad de las mujeres de la alta sociedad y de la elaboración del modelo de mujer burguesa al servicio de las preocupaciones poblacionistas y del nuevo interés por la infancia. Fuera del interesante debate suscitado por el libro, no pensamos que la función de la Historia sea pronunciarse en la disyuntiva entre naturaleza y educación, entre instinto y actitudes aprendidas, como indicaban, en una pertinente crítica, tres especialistas en la Historia de las mujeres y la Historia de la infancia: Bernos, M.; Fouquet, C.; Knibiehler, Y.: "Comptes rendus", en *Revue d'Histoire moderne et contemporaine*, 28 (1981), pp. 207-209. No obstante, el estudio del amor maternal, como el de otros sentimientos y actitudes, en calidad de producto cultural es una de las enseñanzas de la reciente Historia de las mujeres, y un elemento clave en los cambios sociales y culturales del siglo XVIII.

<sup>30</sup> Landais: *Op. cit.*, pp.1-3; Buchan: *El conservador...*p. 204.

<sup>31</sup> La personificación "voz de la naturaleza" se convierte en estos textos en un tópico de potente expresividad y fácil comprensión para el público, del que se derivan toda una serie de figuras complementarias que imprecán a las mujeres "sordas a las voces de la naturaleza". "¡Mugeres vanas, caprichosas, soberbias y corrompidas por el lujo, suspended un momento el horroroso tumulto de vuestras desenfrenadas pasiones y oid las voces con que os acaba de hablar la misma naturaleza!". *Correo literario de Murcia*: "De los perjuicios que causa la mala costumbres de no criar las Madres a sus hijos, y del influxo de las pasiones de las Nodrizas sobre ellos", n° 175 a 177, t. V (1794).

restituir a su estado primigenio, rescatar, exhumar, despojar de las capas de olvido depositadas sobre él por los prejuicios y vicios de la sociedad, pues "la influencia de un sentimiento tan poderoso no se puede debilitar sino por la fuerza del vicio y por las delicadezas del arte"<sup>32</sup>. En aras del interés social y político, que prescribe la necesidad de una población físicamente sana y moralmente modelada por la familia, los médicos se consideran llamados a devolver a ese afecto la fuerza de un impulso primario que creen ahogado en las élites y en quienes imitan sus hábitos por las exigencias de la apariencia (funciones de representación, rituales de sociabilidad, servidumbre de la consideración social).

La naturaleza tal como la conciben los médicos no inspira de forma idéntica a padres y madres, sino que otorga al amor materno una serie de rasgos que lo singularizan, lo diferencian de manera esencial de otros afectos, le atribuyen en exclusiva el poder de prodigar ciertos cuidados. Frente a los padres de sus hijos, las mujeres llevan inscrito en los rasgos de sus cuerpos no solo la disposición para la maternidad, sino el cometido social de ocuparse de la primera infancia. Esa división de funciones entre los sexos no admite réplica puesto que, como razona de modo finalista Buchan, "si la parte de la educación de la primera edad que nos importa más, se hubiera confiado á los padres, el Autor de la naturaleza les hubiera dado suficiente leche para el alimento de sus hijos"<sup>33</sup>. Frente a cualquier otra mujer, "la madre sola es capaz de los exquisitos cuidados que exige la primera infancia"<sup>34</sup>. En ventaja respecto a unos y otras, el amor maternal concede el privilegio de cierto saber intuitivo, imposible de alcanzar fuera del vínculo de la sangre. Un saber que permite a las madres, por ejemplo, adivinar las causas del llanto de los hijos de un modo vedado a otras personas, y que asegura que la criatura no sufra daño alguno si duerme junto a ellas (práctica que los médicos reprueban con severidad en las amas de leche), pues "el corazón de la madre vela aun quando esta duerme"<sup>35</sup>. Las razones prolijamente desarrolladas para persuadir la conveniencia de la lactancia materna, basadas en parte en una visión interesada y dramática del comportamiento de las nodrizas como producto de su medio social (ignorancia, tendencia a compaginar el trabajo agrícola con el cuidado de los niños) se remachaban con la contundencia de una diferencia insalvable: aun en el peor de los casos, el carácter instintivo del amor maternal asegura al niño mejores cuidados que los que le

<sup>32</sup> Buchan, W.: *El conservador...* p. 203.

<sup>33</sup> *Ibid.*, p. 354.

<sup>34</sup> Arteta de Monteseuro, A.: *Disertación sobre la muchedumbre de niños que mueren en la infancia, y modo de remediarla, y de procurar en sus cuerpos la conformidad de sus miembros, robustez, agilidad y fuerzas competentes*. Zaragoza, Francisco Magallón, 1802, p. 19. Eclesiástico ilustrado, miembro de la Sociedad Económica Aragonesa, Arteta fue buen conocedor de la literatura higiénica de la época. Citó a autores como Hervás, Tissot, Ballexerd, Buffon, Betzky o Rousseau, y alabó en particular la obra de Bonells y sus supuestos efectos inductores de cambios en los comportamientos femeninos.

<sup>35</sup> Bonells: *Op. cit.*, p. 286.



proporcionaría una excelente nodriza<sup>36</sup>. El mensaje de confianza en el instinto servía también para persuadir a las madres ignorantes o reticentes, a las que no alcanzan las razones, a prestar oídos a los consejos médicos de atención a la infancia desconfiando de todo saber que no viniese de tan autorizada fuente<sup>37</sup>.

Sin embargo, apelar al instinto no resulta suficiente ni satisface todos los intereses en juego en la apología del amor maternal. Si los médicos exhortan a las mujeres a escuchar la naturaleza, a seguir los impulsos de su corazón, no confían en un instinto sin mediaciones, sino que se constituyen en intérpretes privilegiados de esa naturaleza que a veces presentan como indiscernible o engañosa en sus prescripciones<sup>38</sup>. No es solo un juego de palabras afirmar que los médicos desconfían de que las madres descifren por sí mismas las órdenes de la naturaleza porque conciben una "naturaleza" femenina tendente al exceso de sensibilidad, que puede hacerlas caer tanto en la negligencia como en el amor desmesurado. Afirma Buchan que "Las madres están muy dispuestas á olvidar esta admirable lección en el modo de alimentar y criar á sus hijos. Por una parte parece que ignoran el medio conveniente entre la cruel negligencia y la indiferencia, y por otra los funestos excesos de la inquietud y del cariño"<sup>39</sup>. La ternura inherente a las madres puede, en su opinión y en la<sup>o</sup> de sus colegas, tanto como impedir las correcciones necesarias para formar individuos morales, oponer reparos a la disciplina de los cuerpos, a las normas de educación física desveladas por los médicos como medios de formar personas sanas y robustas: puede hacerlas, por ejemplo, reacias al método de baños fríos que preconizan con entusiasmo muchos tratados<sup>40</sup>. La materia bruta del instinto maternal se presenta así oportunamente necesitada de la tutela de los profesionales de la Medicina. Por ello el objetivo de los escritos higiénicos no es solo restablecer el amor maternal liberándolo de los prejuicios, rasgando con su escalpelo la cobertura de ignorancia e intereses que lo desfiguran, sino modelar una "ternura ilustrada", moderada por la razón, templada por el saber, mezcla de

<sup>36</sup> *Ibidem.*, p. 205. El carácter insustituible del amor maternal queda expresado también en textos de Landais: *Op. cit.*, p. 34; reproducido por Bonells, pp. 133-134, y Arteta: *Op. cit.*, 19.

<sup>37</sup> Bonells: *Op. cit.*, pp. 189-190.

<sup>38</sup> En concreto, Ballexerd utiliza esta expresión: "Imaginarán algunos que es servidumbre rigurosa la que deseo imponer a las Madres, pero se equivocan. Es una obligación de justicia que les recuerdo como intérprete de la Naturaleza, mirando por el bien de la humanidad, por su salud, y por la conservación de su atractivo" (Ballexerd: *Op. cit.*, p. 17).

<sup>39</sup> Buchan: *El conservador*, pp. 249, 264.

<sup>40</sup> Tissot, A: *Tratado...*, p. 247. "De este método que ha tantos siglos se usaba, y con el que les va tan bien a muchos Pueblos que el día de hoy le practican, no querrán usar muchas madres, pues creerán matar a sus hijos, y en particular no tendrán valor para tolerar los gritos que por lo común dan las primeras veces que los lavan, pero si los aman verdaderamente no pueden darles prueba mayor de su cariño que vencer a beneficio de ellos esta repugnancia (...). Muchas madres, las más compasivas y tiernas, le han practicado con efectos felicísimos".

instinto y arte<sup>41</sup>. Un ideal afectivo que de forma implícita o explícita se concibe como atributo de las mujeres acomodadas y dotadas de un cierto nivel de cultura, capaces de acceder a las lecciones de los médicos, de asimilarlas e imponerlas en su medio familiar, o susceptibles de ser instruidas por sus esposos, mediadores entre ellas y el saber médico. Quedan en los márgenes del discurso las mujeres de las clases populares, a quienes no se alude apenas como madres que hay que formar, sino como suplantadoras del legítimo afecto en sus funciones de nodrizas y cuidadoras de los hijos de los grupos elevados o medios.

Podemos advertir así en el discurso médico una voluntad de legitimar su propio saber y poder, su intervención en los hogares, a través de un doble movimiento: de una parte, la fundamentación de sus consejos en la naturaleza y en el instinto maternal, y de otra, la presentación de esa naturaleza como instancia que no aparece diáfana, sino que requiere la mediación de la Ciencia, y del instinto como impulso a encauzar en la línea por ella marcada. La madre ideal, pues, es una mujer atenta a la voz del instinto, pero también obediente a las recomendaciones de quienes dicen interpretar su mensaje. En el ideal de una sociedad futura, moral y políticamente ordenada gracias, entre otros instrumentos de control, a la intervención de la Medicina, las mujeres, "más dóciles a los preceptos de los facultativos conocerán mejor la utilidad y la verdad: verán crecer y aprovechar en su casa y en sus brazos niños sanos y bien constituidos, que serán en todo tiempo su gozo, el consuelo de sus pares, la esperanza de su familia, el apoyo y la gloria de su Patria"<sup>42</sup>.

La imagen del retorno a un estado de naturaleza en el que los gestos de asistencia a la infancia recuperarían la simplicidad de los orígenes y la racionalidad inconsciente de los animales no oculta la evidencia de que la maternidad ideal ilustrada supone el cuidadoso aprendizaje de unas técnicas y unos nuevos saberes. No basta con dejarse llevar por el instinto, hay que adquirir una formación muy concreta que anticipa la codificación e institucionalización de estas enseñanzas en los siglos siguientes<sup>43</sup>. En este sentido, nadie mejor que Buchan expresa la idea de una "profesionalización" de la maternidad (idea reforzada por la comparación con otras profesiones), como conjunto de tareas que han de poner en juego un saber completo y sistemático. Afirma el médico escocés que un joven destinado al ejército recibe instrucción en una academia, "pero una joven, cuyo papel es más

<sup>41</sup> De este modo explicita Buchan sus opiniones y propósitos al respecto: "entre las personas del bello sexo es que la lactancia materna ejerce principalmente sus funestas asolaciones. Las niñas quedan por más tiempo que los niños bajo la conducta inmediata y casi exclusiva de sus madres; y cuando estas se guían más por su afecto que por la razón, o por el impulso de un corazón tierno más bien que por los consejos de un entendimiento ilustrado, las otras se hallan condenadas a la debilidad y al infortunio". "Estoy muy lejos de oponerme á aquel afecto laudable de las madres, sin el qual se extinguiría bien pronto el linage humano. Todo lo que deseo es verlas subordinar este afecto un poco más a la razón" (Buchan: *El conservador...*, p. 264 y 249).

<sup>42</sup> Landais: *Op. cit.*, 69-70.

<sup>43</sup> "No es suficiente para una madre tierna e instruida, dar el pecho á su hijo, es necesario que no ignore los medios de remediar todos los inconvenientes que puedan nacer de su parte, relativamente á la cantidad de leche, y aun á su calidad, y que sepa subvenir á todas las necesidades de su querido hijo". *Ibidem*, p. 66.

difícil de desempeñar, no tiene las mismas proporciones para aprender. Suponen que no necesita de instrucción alguna provisional; que el *auxilio de la naturaleza* es suficiente para ponerla en estado de desempeñar sus deberes cuando llegue á ser madre. *Esta idea no sería muy falsa si viviera en el estado de la naturaleza; pero en la sociedad, todo es artificial, y debe aprenderse como un arte*<sup>44</sup>.

Esta certera precisión desenmascara las paradojas de la naturaleza, a un tiempo todopoderosa e insuficiente para señalar senderos a la conducta humana. Viene a descubrir de un golpe la estratagema subyacente en el discurso médico y, por extensión, en los discursos ilustrados: que aquella naturaleza a la que se apelaba con reverencia y en ocasiones con dogmatismo era en realidad una construcción social. Un artefacto cultural, podríamos añadir, al servicio de la recomposición de las relaciones de poder y de las identidades sociales (de las nuevas élites, de los médicos) y sexuales. Ser madre, como ser mujer, es producto del aprendizaje de un "arte" que en el siglo XVIII estaba transformando sus códigos y sus géneros expresivos, un arte que implicaba opciones estéticas e ideológicas y que impregnaba, entre otros registros, el campo de la Ciencia médica. Mujeres como Constance de Theis o Inés Joyes, entre otras, captaron y señalaron en su época esas virtualidades sociales del saber científico que la Historia ha redescubierto en épocas recientes.

<sup>44</sup> Buchan: *El conservador*, p. 283. Ya en su *Medicina doméstica* deploraba la ignorancia de las madres en lo relativo a la crianza de sus hijos (1792, 4 ss). En su obra posterior retoma esta reflexión criticando el contenido de la educación de mujeres de las élites, basado en habilidades ornamentales y carente en instrucciones prácticas para su futura maternidad: "No es muy raro ver mugeres que se lisonjean de una buena educación, y quando llegan á tener hijos están tan ignorantes de todo lo que debe saber una madre, como el mismo recién nacido á quien ha dado el ser" (p. 283).